

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB.

Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Ecuador



Género y producción de conocimientos en la universidad

Jaime Breilh

2000

Ponencia presentada en: Primer Encuentro Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas, Quito, noviembre 16 de 2000.

PRIMER ENCUENTRO NACIONAL DE UNIVERSIDADES Y ESCUELAS POLITÉNICAS

GENERO Y PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTOS EN LA UNIVERSIDAD¹

Jaime Breilh, Md. PhD.²

(Noviembre 16 del 2000)

El Nobel de Literatura Saramago sostuvo hace poco que el Mundo herido en que vivimos necesita con urgencia de quienes lo “compadezcan” y “reinventen”. Creo firmemente que son esas tareas de “compadecer” y “reinventar” la vida, la sociedad y los sueños, los parámetros esenciales para medir una buena universidad.

Y claro los propósitos de reinventar y compadecer han formado siempre parte del humanismo, visión que implica la apuesta por un “ser humano nuevo” y el reconocimiento de un sujeto histórico para un “renacimiento” hacia nuevas utopías; desafío inevitable en épocas de profunda inconformidad y amenaza como la que vivimos.

Pero además, las tesis humanistas estuvieron siempre ligadas a una forma de ver el mundo y construir la cultura de los grupos humanos emergentes: los pobres, las mujeres, los indígenas y afro americanos necesitan entonces construir sus proyectos desde una perspectiva humanista. Es en atención a esa necesidad vital de insertar los esfuerzos como los de este encuentro desde la perspectiva de los emergentes, de los sin voz, de los que no detentamos ninguna otra forma de poder que el de la conciencia, que yo me ubicaré en eso que he denominado *humanismo popular*, para enfocar el tema del género y la producción de conocimientos en el ámbito universitario.

Luego de 28 años de vida universitaria en esta querida casona, que ahora me place volver a visitar, hace pocos meses me retiré de la Escuela de posgrado que contribuí a fundar, precisamente porque había percibido que esta perdió toda capacidad de soñar, de conducirse con un espíritu emancipador, para entregarse en los brazos de un funcionalismo claudicante, que ha pasado a dominar, al precio insignificante de unos pocos dólares, que fueron suficientes sin embargo para hacerles olvidar los sueños, y nos colocaron apuradamente en el trance de rehacer nuestra currícula y nuestras metas de acuerdo con los designios de quienes nos impusieron la dolarización en su forma más peligrosa, que es la dolarización del alma, mucho antes de que el país entero haya caído en esa pérdida de su dignidad y autarquía.

¹ Basado en el libro del autor: “Epidemiología Crítica: Ciencia Emancipador e Interculturalidad” . Buenos Aires: Editorial Lugar.

² Fundador y Director Ejecutivo del CEAS; Presidente del CINDES.
jaime.breilh@uasb.edu.ec

La experiencia que vengo viviendo, reforzó en mi el aprendizaje de que toda actividad universitaria, más aun del tipo de la que nos convoca en este encuentro, vale la pena desde el punto de vista de los oprimidos, si es que se ubica sin titubeos y con plena claridad intelectual, como parte de un real proyecto de emancipación y de concreción de utopía.

El ser humano es en efecto un fabricante de utopías, el que los poderosos y sus obsecuentes aliados tecnócratas hablen mal de nuestras utopías, sólo ratifica su valor.

La perspectiva de género es eso precisamente; una perspectiva utópica que se amalgama firmemente al conjunto de los sueños de una sociedad feliz y equitativa. Es la reafirmación de una voluntad colectiva e individual de derrotar el egoísmo que desde la colonia pasó a dominar todo: vida económica, vida política, vida étnica, y vida de género.

Las ciencias sociales han creado algunas categorías para trabajar ese egoísmo y la voluntad de dominación que encarna: inequidad y concentración de poder, explotación, dependencia, totalitarismo de mercado, alineación consumista, y borramiento de la voz de los otros, de las otras, de los económica y políticamente débiles, de los sin poder.

Entonces antes de hablar sobre la relación entre el género y la producción de conocimiento en la Universidad, es preciso aclarar que no todo pensamiento sobre género es portador de frutos para la emancipación, sino que por el contrario, muchos de los dólares que se invierten para propalar la “moda del género” nos quieren instalar en un gran escenario de distracciones que le restan a la perspectiva de género su plena potencialidad liberadora y la coartan, al punto de convertirla en reproductora de hegemonía.

En el campo de la ciencia el pensamiento “portador de frutos” es apenas producido por lo que “puede ser” a base de lo que “fue”, y no por lo que “es”, decía mi entrañable amigo Milton Santos en su conferencia de apertura de un congreso en el que tuve la suerte de compartir una mesa de disertación. Esa aguda reflexión lo que hace es rescatar el valor de la memoria de los pueblos, y el de las utopías, es decir, niega radicalmente la idea tan difundida por la llamada gerencia social -que tanto ha penetrado los espacios ingenuos o domesticados de la Universidad- y que sólo se concentran en el presente pragmático y dentro del marco de la estructura de poder y hegemonía imperantes.. Y claro una perspectiva de género que se construya sobre una visión pragmática y restrictiva del presente, está condena a servir la dominación y reproducir la misma estructura de poder, aunque se usen de vez en cuando algunos términos aprendidos de la lucha popular.

De ahí que, cualquier propuesta científica, como la que se perfila en estas páginas, y por especializada que fuera, tiene que concebirse en el marco de una meta humanista, si es que obedece a una toma de identidad, y a una utopía de recreación del ser humano, más justo, más equitativo, más soñador.

Una buena Universidad necesita que sus estudiantes tengan práctica e información, pero de nada sirven las destrezas y los datos si el quehacer se reduce a una rutina instrumental, desprovista de motivos de inspiración superiores, de entre los cuales nunca dejó de tener mayor vigencia el de la liberación integral.

De tal manera que a la luz de lo dicho interpreto que la pregunta crucial que nos plantea este panel es: ¿Cómo puede construirse pensamiento científico en la Universidad, desde una perspectiva de género emancipadora. Y es en relación a eso que vertiré algunas ideas.

La *concepción emancipadora de la ciencia* implica una visión distinta a la que domina en los escenarios de la educación superior tradicional. Quienes nos acercamos al reto de reformar profundamente la universidad empezamos a entender que el conocimiento duro (“hard knowledge”), que desencadena intervenciones realmente eficaces, no es el que se forma por arreglo de viejas ideas y fórmulas funcionalistas, vestidas con cualquier terminología y una tecnología reciente. Conocimiento duro, riguroso, es el que penetra hondo en la vida colectiva y para hacerlo, construye múltiples puentes con el saber de su pueblo. Y es que ahora se han dado las condiciones óptimas para que avance eso que Boaventura Santos llamó la “segunda ruptura epistemológica” o reencuentro de la ciencia con el sentido común y los otros saberes [Santos 1995].

Pero para lograr ese reencuentro, que haga posible por ejemplo, que la introducción de la perspectiva de género en la formación científica universitaria, rinda frutos emancipadores, es indispensable reconstruir el sujeto y objetos de la investigación, y eso sólo es posible bajo un cambio de paradigma. Pretender que el trabajo de género se proyecte hacia una transformación integral, montándolo sobre la vieja y herrumbrosa estructura de pensamiento y enseñanza, es una ilusión inútil o un abono gracioso al aparato educativo hegemónico.

La problemática de género en la educación superior y en la investigación universitaria, a mi modo de ver, tiene que ser pensada primero y básicamente como un problema de construcción del objeto de la ciencia y también del sujeto de la ciencia. Hasta hace poco enfatizábamos sólo en la necesidad de desarrollar la mirada sobre los objetos de investigación, ahora sabemos que si bien eso es crucial, también tenemos que trabajar en el sujeto de la investigación. Y tanto en uno como en otro aspecto de la moderna

epistemología, la categoría género y la perspectiva de género son herramientas claves.

Y es que en este nuevo ciclo de desarrollo de la conciencia histórica se han hecho “visibles” procesos que no se manifestaron en otros momentos. Ahora se ha hecho evidente que poco avanzamos enfocando sólo los objetos de transformación, sin mirar correspondientemente los sujetos de transformación. Relación objeto/sujeto que la dialéctica marxista fundó para el conocimiento y reconoció siempre, pero que fue desmembrada en la práctica.

En cuanto a los objetos de las diferentes ramas de la ciencia, lo ontológico por mencionarlo de alguna manera, habría mucho que decir sobre cuanto se han enriquecido los protocolos científicos al incorporar un enfoque de género, hasta en terrenos de las ciencias naturales aparentemente alejados de esas preocupaciones de las ciencias humanas. La mirada de género además, ha permitido hacer visibles en las construcciones de problemas de investigación aspectos cruciales que una visión sexista no permitía mirar.

Pero es en el tema del sujeto del conocimiento que quisiera insistir en este punto, para explicar porque el componente femenino del sujeto del conocimiento fue históricamente coartado.

El proceso de fractura del sujeto social, incluida la segregación del sujeto femenino, tuvo en nuestro país tres etapas: la época colonial; la modernidad media y la llamada posmodernidad o modernidad tardía.

Desde su arranque el período colonial determinó la construcción de una subjetividad incompleta o cercenada. Fueron coartados radicalmente como sujetos las mujeres, y los sujetos étnicos indígena y afro americano.

La Colonia instauró el Estado uninacional e institucionalizó la uniculturalidad, inaugurando un régimen político y cultural blanco/mestizo y patriarcal.

Efectivamente, la dominación colonial anuló al sujeto indígena y luego al sujeto afroecuatoriano, impidiendo la construcción intersubjetiva o intercultural de nuestra historia. Abrió una brecha que se proyectó prácticamente hasta 1990. Un efecto de esa coartación instaurada en la Colonia, fue que todas las formas de pensamiento, incluidos el pensamiento científico y el emancipador quedaron desprovisto durante más de cuatro siglos de la visión y sabiduría indígena y afroecuatoriana, que le habrían conferido mayor penetración.

La explotación económica centrada en las encomiendas primero, luego en las mitas y obrajes, y finalmente en las haciendas, se recreó y apoyó en el racismo. Pero no fue la subordinación étnica la única forma de sometimiento al poder cultural que se sumó a la dominación económica y se inició por esos tiempos. Otra gran asimetría se sumó a los procesos de concentración de poder “de

clase” para reproducir una estructura altamente jerarquizada, pues en la entraña de las propias clases sociales y de las etnias y nacionalidades se reprodujo también una estructura de inequidad de género que colocó a las mujeres en la penumbra de la sociedad y en franca desventaja. A pesar de que el peso de las desigualdades que soportó la mujer fue desde entonces diferente de acuerdo con la inserción de clase y también de acuerdo con las diferencias culturales en los distintos pueblos, no cabe duda de que desde esas épocas se masificó la discriminación de género, y se hicieron parte de la vida pública y de la cotidianidad, las restricciones a la participación plena de la mujer, tanto en la conducción de la familia y la sociedad, como en las actividades de la ciencia y la cultura. La “invisibilización del sujeto femenino produjo entre otras consecuencias la producción de conocimientos sesgados a la mirada androcéntrica.

En la actualidad muy pocos investigadores de las ciencias sociales o intelectuales, e incluso líderes, desconocen ese fenómeno que alguna vez denominé la “triple inequidad” [Breilh 1996], pero así y todo persiste un tratamiento separado de las tres formas de subordinación social y deshumanización. Es como si hubieran obstáculos epistemológicos y políticos que nos impiden articularlas, en la teoría y en la práctica política. De esa manera la construcción intelectual y la acción reivindicativa siguen separando dichos procesos, al margen de que se proclame retóricamente lo contrario.

Mas esas tres formas de inequidad –de clase, étnica y de género- como lo hemos explicado en otros trabajos no son procesos totalmente desligados. Es así, primeramente, porque los tres procesos comparten una misma raíz germinal que es la *acumulación y concentración de poder*, y segundo porque la reproducción social de los tres tipos de inequidad se interrelaciona. De la misma forma en que la inequidad de género produce efectos de injusticia para las propias mujeres, simultáneamente alimenta relaciones subordinantes que contribuyen a reproducir las otras dos formas de concentración del poder e introduce en las más variadas formas de la cotidianidad, un campo de adaptación y aceptación de la inequidad como modo de vivir natural; así mismo, la concentración de riqueza que determina y mantiene las clases sociales, es en última instancia una concentración de poder para dominar, y el dominar no es sólo cuestión de despojar a los/as subordinado/as de los bienes y riqueza, sino que para sustentarse requiere siempre ser un proceso de hegemonía y aceptación del dominio, mecanismo en el que participan las relaciones culturales de dominación de género y étnicas. En otras palabras la dominación no es sólo clasista, sino que forma una estructura de poder, atravesada y reproducida tanto por relaciones de apropiación y expropiación económica, cuanto como por relaciones de subordinación étnica y de género.

Pero volviendo al tema más específico de la subjetividad, podemos decir sin temor a equivocarnos que toda esa estructura y cultura de discriminación de los *otros* sujetos, desencadenó un doble y contradictorio movimiento en la esfera de

la subjetividad y la propia construcción cultural: por un lado la *desinstitucionalización* o *marginación* de esos sujetos y sus culturas, respecto al aparato institucional y al imaginario oficial, y por otro lado, el inicio de un proceso de reproducción y resistencia de las culturas y grupos dominados, que ejercitaron los más variados mecanismos de negociación estratégica y de supervivencia.

En la Era Moderna la revolución industrial, la instauración del capitalismo de la gran industria y la aparición del movimiento de la Ilustración pusieron las bases del proyecto histórico capitalista y del pensamiento científico positivista. Eran momentos de expansión de un modo de producir que inauguraba confiado los más novedosos mecanismos productivos, descubría la fuerza productiva de la ciencia y la manipulación de la naturaleza, una inusitada confianza en el carácter progresivo de la historia y el culto a la razón que, aunque mostró variaciones importantes entre las escuelas anglosajona (razón instrumental) y la francesa/alemana (razón histórica) fue un eslabón clave del proyecto de la Ilustración y de la concepción global europea de la Modernidad que se asumía como La Civilización. En ese escenario persistió el relegamiento de los otros sujetos, aunque la lucha de las mujeres y de los pueblos comenzó a erosionar las bases patriarcales y etnicistas de la sociedad dominante.

Ante ese reduccionismo positivista algunas tesis llamadas posmodernas se anuncian desde hace un par de décadas como rescate y vivificación del sujeto frente a las rigideces del pensamiento anterior, pero si miramos el problema con detenimiento, podemos concluir que no hay tal vivificación, al menos en un sentido emancipador, porque se activan múltiples sujetos fragmentados e inconexos, fracturando toda posibilidad de forjar un bloque social multicultural.

Fue Jean-Fraçois Lyotard el campeón de esta cruzada con su lucha pertinaz contra los que denominó “métodos totalizantes y universalizantes”, y “contra los privilegios de categorías que se erigen en explicaciones generales o metarelatos del movimiento de la sociedad”, tanto así que definió al posmodernismo como “la incredulidad respecto a los metarelatos [Lyotard 1986].

Deleuze y Guattari cuestionaron el capitalismo desde una perspectiva lakianiana y a partir de su explícito descreimiento sobre la existencia de una totalidad primigenia, plantearon la liquidación del sujeto moderno y humanista. En otras palabras desde esta visión, no habría un sujeto unificado, racional y expresivo, sino sujetos descentrados, liberados de identidades y completamente libres para tornarse dispersos y múltiples, reconstituidos en nuevos tipos de subjetividad.

No hay duda de que esas formas de pensamiento constituyen expresiones de rechazo al determinismo, y a toda forma de represividad, sea esta de cualquier signo ideológico, y en esa medida constituyen un desafío a la reflexión, pero su basamento liberal conspiran contra su afán liberador y reconstituyen un neodeterminismo.

Lo que acontece con ese tipo de propuestas es que sustituimos un problema para crear otro semejante o peor. Pasamos de los errores de la totalización y del énfasis erróneo en lo macro, a los errores de la fragmentación, del centramiento en lo micro. Y así en lugar de superar la fractura del sujeto social, incorporando la participación intersubjetiva de la mujer, vuelve a reproducir su aislamiento bajo el manto de una supuesta liberación.

Este conjunto de reflexiones que dejamos planteadas sirven para insistir en que el rescate de una perspectiva de género tiene que insertarse en la dialéctica de la intersubjetividad y no en el aislamiento de una nueva uniculturalidad femenina.

La salida para superar el monismo, sea en la vertiente del monoculturalismo, como en la del monismo patriarcal, y para terminar con ese sujeto restringido o unilateral, despojado de la riqueza de *los otros* e incapaz para proyectar a ellos/as la propia riqueza, es el trabajo y la reflexión sobre formas de construcción *intersubjetivas*, que deriven en resultados multiculturales y una visión pluralista emancipadora. Todo lo cual introduce la necesidad de provocar avances en el pensamiento dialéctico y trabajar sobre nuevas categorías del mismo.

Cuando los sujetos históricos dejan de colocarse a espaldas y se “miran” con un afán compartido nace un proceso de *intersubjetividad* el cual puede ocurrir en el escenario académico (interdisciplinaridad) o en el de la cultura (interculturalidad).

La Universidad es un escenario magnífico para construir un sujeto plural y hacerlo por mecanismos pedagógicos que involucren la intersubjetividad en la investigación.

Lo anterior conlleva por último la necesidad de provocar un profundo cuestionamiento, también de los paradigmas científicos hegemónicos que aun se emplean para practicar investigación en las universidades y que se constituyen en obstáculos epistemológicos y administrativos para implementar la visión de género integral. El *paradigma positivista*, con su sesgo objetivista, que fragmenta la realidad, su teoría refleja, empírico-asociativa y pasiva del conocimiento, con su praxis funcional, circunscrita a la corrección de factores, no nos sirve para las aspiraciones que aquí se discuten, porque para este abordaje el género sería apenas una variables, y la acción sería apenas cosmética; pero también está el *paradigma formalista* o relativismo cultural, que tampoco nos sirve porque encarna una visión discursivista y psico-cultural de la realidad, una metodología del constructivismo descontextualizado, que si bien activa el sujeto del conocimiento, pero lo reduce al ámbito local o particular y a los relatos diversos pero de los grupos de la sociedad tomados como un mundo microsocial inconexo, esta visión tampoco nos es útil porque también contribuye fragmentar sin retorno el sujeto y la acción, reducirlos a su ámbito apenas local, y trabajar los relatos sin conexión con el discurso de los/ás otros/ótras, donde las

necesidades – en este caso de las mujeres, y sin separación entre el relato espontáneo de la necesidad y la perspectiva de los intereses históricos de la gente, sin explicación de las relaciones y conflictos entre grupos situados en puntos distintos y hasta opuestos de la estructura de poder e inequidad, con lo cual también condenamos la acción al funcionalismo localizado. Es por eso que nosotros recomendamos enfáticamente a esta reunión que al debatir la incorporación de una visión integral y emancipadora de género en la enseñanza y en la investigación universitarias, se considere un paradigma científico alternativo, que llamaremos *praxiológico participativo*, que no hace partir el conocimiento ni del objeto empírico absoluto, ni del sujeto psico-cultural absoluto, sino que coloca la relación dinámica objeto-sujeto como eje del conocimiento e inserta la praxis como sustento y condición de dicha relación y no como elemento externo. Este abordaje establece una ruptura epistemológica importante y necesaria para el pensamiento y la práctica, que permite explorar la riqueza del mundo local pero sin desligarlo de la totalidad, favoreciendo de esa manera construcciones científicas objetiva y subjetivamente válidas y eficaces, y una práctica que no sólo puede ser intersubjetiva o intercultural, sino que tiene que serlo porque en la praxis, todos los sujetos históricos son interdependientes y que los problemas de género no son un dominio separado y diferente de la sociedad, sino un componente esencial de una realidad diversa pero unitaria.

Un modelo que permita construir relaciones interculturales equitativas y una cosmovisión crítica y multicultural, donde los géneros recreen sus propios elementos pero también construyan solidaria e intergenéricamente por medio de la actividad científica, una forma de participación eficaz respecto al proyecto liberador general.

Los talleres que comienzan a darse en las universidades y la relectura de los currículos desde estas nuevas visiones empiezan a descubrir en las disciplinas, en los espacios práctica y en las posibilidades de investigación, diversos puntos para la incorporación de un esfuerzo conciente e institucionalizado por devolver al proceso enseñanza aprendizaje la plena riqueza de una superación solidaria de las taras del pensamiento machista en el campo de la ciencia.